mos oído la voz de Dios y estamos dispuestos á abandonar esta tierra de impura servidumbre; ven y acompáñanos tú y condúcenos á las regiones de la humildad, que es donde menos mortifican las tentaciones; ven á nosotros, pero ven con María, porque de tus brazos fuertes y robustos pasarán nuestras ánimas á los brazos de María, donde recibiremos los dulces regalos, que como niños en la virtud, necesitamos para ir adelante, hacia la tierra de Israel, que es la región de los justos. ¡Oh José!, ¡oh padre nutricio de Jesús y por El colmado de favores!, yo veo con los ojos de mi fe llenarse á Jesús de regocijo en ese Sacramento de la Eucaristía, cuando mira el fervor y la cristiana devoción con que este pueblo te venera; yo veo con los ojos de la fe salir del corazón de ese Jesús rayos de caridad, que infunden en las almas sentimientos nuevos y extraños de virtud, y que son como las dulces palabras con que da las gracias á los que vienen á honrar en su templo la santa memoria y las heroicas virtudes del que en el mundo hizo con él las veces de Padre; si ves que Jesús se alegra de tu gloria y desea que le pidas favores para los que te honran, yo te pido, ¡oh Santo mío!, en nombre de todos estos fieles hijos suyos, la vuelta á la gracia de todos los pecadores, que son nuestros hermanos, la vuelta á Nazaret; para que caminando todos por los seguros valles de la humildad, nos veamos coronados eternamente en las alturas de Sión. Amén.

SÉPTIMO DOLOR Y GOZO

Pérdida del Niño Jesús.—El templo.

Puer non comparet et ego quo ibo? El Niño no parece, y yo, ¿dónde iré?

(Gen., XXXVII, 30.)

Dice el profeta Isaías, *que así como el que tiene hambre y sueña que come, después que despierta se halla burlado y hambriento; y así como el que tiene sed y sueña que bebe, cuando despierta tiene la misma sed y conoce que fué vano su contentamiento, cuando pensaba que bebía; así acaecerá á todas las gentes que pelearen contra el monte Sión, cuya prosperidad será tan breve, que después que abrieren los ojos y se pasare aquel corto tiempo, verán cómo todos sus gozos no fueron más que soñados.*

Sueños, pues, é hijos de los sueños, son los placeres que vamos buscando en la tierra fuera de Dios. Sombras con semejanzas de bienes ciertos, que en el punto de irlas á tocar, desaparecen de entre las manos. Tierras de bruma que aparecen á los ojos del fatigado marinero, con prados, bosques y valles de verdura, que se sepultan en el mar, cuando el sol desaparece. Estos son los bienes de

la tierra, que nos sacan fuera de nosotros mismos y tras ellos nos arrastran.

Y no sé qué género de locura es el que producen, que sabiendo nosotros que son mentiras, lloramos, cuando se nos pierden de vista, y hacemos tantos extremos de dolor, que no parece sino que el mundo se destruye y que Dios nos tuerce el rostro, para no acordarse de nosotros jamás. Y con haber sufrido tantos desengaños, cuantas veces creímos poseer el placer y no lo poseímos, es tan rematada nuestra locura, que otra vez comienza á alegrarse el corazón, en el instante en que estos mentidos placeres se nos ponen á la vista y empieza á nacer en el alma enjambre de halagüeñas esperanzas y deleitables deseos, y tornamos á gemir y suspirar, cuando los volvemos á perder, estando ciertos de que es nada lo que perdemos y la ausencia del dolor lo que lloramos.

Pueden bien sentir con Aristóteles los que se andan por las regiones de la filosofía, que hay algunas mentiras que, con ser mentiras, tienen más apariencia de verdad que las mismas verdades; que nosotros los que andamos ó debemos andar en las templadas regiones de la virtud, debemos sentir con el sabio que *todos los deleites y grandezas de este mundo son aflicción del espíritu, tristeza de la carne, vanidad de vanidades y todo vanidad* (1). Pues siendo esto así y no de otro modo, ¿cómo corremos buscando con tanto afán lo que es vano, y nos aflige y nos entristece? Nosotros, que sujetamos al hombre loco, que con la risa en los labios corre á arrojarse al fondo del precipicio, ¿cómo no ponemos trabas á nuestra alma, cuando vuela en busca del placer que la ha de asesinar?

Con nosotros va siempre Dios escondido en nuestra conciencia, que nos grita, y nos hacemos sordos á sus voces y corremos en busca de la felicidad, cuando la felicidad la llevamos dentro de nosotros mismos. Porque con

(1) Ecclesiast., I.

nosotros va el entendimiento que echa centellas de luz sobre aquellos extraviados caminos, para mostrarnos claramente que son extraviados; y va la voluntad con la que podemos apartarnos, si queremos, de aquellos precipicios, y va la memoria que nos recuerda cuántas veces fuimos infelices por aquellos malhadados senderos, y va, en fin, el corazón que podemos levantar á Dios, pidiéndole las fuerzas necesarias para echarnos fuera de tan intrincado laberinto.

¿Qué vamos buscando en él con tanto afán, llorando unas veces y desesperándonos otras, y dando voces desatinadas? ¡Ah!, buscamos al hijo de nuestra bastarda pasión; buscamos al hijo de nuestras ilusiones; buscamos humo que se disipa y sombra que se va, y pena y amargura para nuestro corazón; porque en esas sombras por las que vamos caminando, está oculto el puñal que nos hiere, la enfermedad que nos asalta, el ladrón que nos roba, el cieno que mancha nuestra frente, el aguijón de los recuerdos que nos despierta, el hambre que nos consume y el abismo que nos traga.

¡Ah!, las riquezas, honores y deleites, sean malditas, cuando no busquemos en ellas á Dios. ¡Vanas quimeras que al hombre no han de desesperar! ¡Fieros males que no hemos de buscar con lágrimas en los ojos y duelo en el corazón! Sólo debe llorar el alma que pierde á Dios por el pecado; el justo á quien Dios se le oculta, dejándole en amargas soledades; el padre que pierde á su hijo y la sociedad sin Dios.

Y ved ya aquí mi objeto; quiero exponeros el dolor de José por la pérdida de Jesús y su alegría al encontrarlo en el templo; y el estrago de la sociedad, que no sólo no cuida de buscarlo, sino que huye de Dios.

AVE, MARÍA.

I

Texto ut supra.

Por los caminos de Jerusalén y saliéndose de ellos y atravesando selvas y campos, va un anciano anhelante y fatigoso. Unas veces cruza las manos en señal de desconsuelo y otras las lleva por encima de los ojos, como para ver mejor lo que busca. Y debe ser objeto de sus delicias y prenda inestimable de su amor; porque va abstraído de todo otro pensamiento y lleva, digámoslo así, toda el alma asomada á sus ojos, que ni se enturbian con las lágrimas siquiera por no impedir una sola de sus miradas. El que así lleva la mente fija en una sola idea, sin que cosa ninguna de la tierra sea poderosa para distraerlo, debe ser un padre, que busca á su hijo; porque todas las demás pérdidas del mundo no le son en nada comparables, y vienen á ser distraídas por este cariño ó el otro pensamiento.

Pero el padre que ha perdido á su hijo, lo ha perdido todo; pierde la paz, porque era paz de su alma el recrearse en su rostro; pierde sus riquezas, porque si algunas tiene, las mirará con desprecio, si ellas no le pueden devolver á su hijo; pierde el sueño, porque ya no dormirá pensando dónde tendrá reclinada la cabeza el hijo que en sus hombros la reclinó; pierde las ganas de comer, porque no podrá llevar manjar á la boca, sin que no se le venga en seguida á la memoria si su hijo irá mendigando de puerta en puerta. Y si paz, riquezas, sueño y alimento constituyen la vida, el padre que pierde á su hijo pierde la vida y ya no vive, sino que muere, sin acabar de morir; porque tiene la esperanza de encontrarlo amar-

gado con el miedo terrible de que no parecerá, que se le entra en el alma, como río desbordado en la hacienda del labrador.

Perdido ha, pues, un hijo el venerable anciano, y si al afán con que lo busca se agrega que ni un suspiro se exhala de su garganta, sintiendo dentro de su alma la mano del pesar que le oprime; si á la honda tristeza con que lo busca, se añade que no hay en su rostro ni asomo de desesperación, bien podemos decir que es un justo el que anda buscando al hijo de su alma; que no está la mar tranquila cuando ruge el Bóreas sobre sus ondas, ni hay corazón de padre que no se desespere, cuando pierde á su hijo, si no es el corazón de José, que es tan humilde y tan fuerte y tan manso para el pesar, que por esa mansedumbre y fortaleza mereció ser el padre nutricio y guardián de Jesús.

Sí, cristianos; es José el que busca á Jesús, á aquel divino Infante nacido de las purísimas entrañas de María en el portal obscuro de Belén; aquel hermoso Niño adorado por los pastores y reyes y que él salvó cruzando los peligros del desierto, de la sangrienta persecución de Herodes. Y lo ha perdido en Jerusalén, después de presenciar en el templo la gran fiesta de la Pascua y de ser entristecido con la significación de aquellos divinos misterios, cuya realidad no le era desconocida. Lo ha perdido después de haber visto que era inmolado por los sacerdotes el blanco cordero, que significa á Jesús sacrificado por el amor de los hombres. ¡Oh, cuántos tristes pensamientos le acompañan!

Un hijo que se pierde sin dejar huella de su existencia, es más doloroso que un hijo que muere exhalando el último suspiro en los brazos de su padre. Por eso José lo busca con tanto afán, sin que deje lugar que no registre, ni ser á quien no interrogue. ¡Ay de mí!, dice con Ruben no hallando á su hermano: el niño no parece, y yo, ¿adónde iré? *Puer non comparet et ego quod ibo?* ¿Adónde iré

yo sin Jesús, si El es paz de mis días y aliento de mi trabajo y dulzura de mis penas? ¿Adónde iré yo sin Jesús, que no me parezcan tristes las horas, triste la soledad y más triste la compañía de las gentes? ¿Adónde iré yo sin Jesús, que no se me obscurezca el sol y falte tierra á mis pies y aire que respirar á mi pecho? ¿Adónde iré yo sin Jesús, que no se vuelvan contra mí las criaturas, pidiéndome cuenta del que las crió, ni se ennegrezcan los cielos, preguntándome enojados por su príncipe y Señor? ¿Adónde iré?

Y el día declina y las sombras suben, poblando de fantasmas los valles y los bosques, y las fuerzas de José desfallecen y cae de rodillas, alzando al cielo fervorosa oración; que cuando al justo le faltan las fuerzas del cuerpo para luchar con el dolor, es cuando cobran más vigor las potencias de su alma y cuando más se engrandece su corazón, que se eleva á Dios, ofreciéndole por su amor todos los pesares que le rodean.

Pero á José con Jesús se le ha ocultado su Dios y teme, como de María dice Orígenes, que se haya subido al cielo para no volver, sino cuando le plazca. Y como el justo es el primer acusador de sí mismo, *Justus prior est accusatus sui* (1), y siempre, aun siendo inocente, se cree culpable, José teme que por un descuido, del que él no puede hacer memoria, Jesús haya buscado en el cielo la compañía de su eterno Padre. Y aquí se reunen en José las amarguras del guardián que pierde la prenda á él encomendada, con las secas soledades del alma justa á quien se le oculta su Dios. ¿Por qué escondes tu faz, Dios mío?, dice José en el colmo de su pena; ¿por qué me quieres dejar solo en este valle del dolor? *Cur faciem tuam abscondis* (2)? Tu faz, que es fuente de la belleza, espejo de la gloria y recreo y embeleso de los ángeles. ¡Hasta cuándo has de apartar tu rostro de mí! *Usque quo avertis faciem*

(1) Prov., XVIII, 17.
(2) Job, XIII, 24.

tuam a me (1)? ¿De mí que soy polvo sin tu presencia, y ruina sin tus ojos, y gemido sin tu palabra?

Y José oye el silbar del viento entre los árboles y cree escuchar las dulces palabras que tantas veces de sus labios divinos escuchó, y levanta los ojos al cielo, como para preguntarle si entonces sus oídos le engañaban, y sus ojos tropiezan con la luna, que marcha perezosamente por la esfera azulada; y en el afán con que la mira, parece que le dice en el lenguaje mudo del corazón: sube, sube con paso ligero y llega hasta el zenit, para que desde allí, tus rayos me indiquen en dónde se oculta mi Jesús. Y la luna, contestando á José, deja que uno de sus rayos bañe en su blanca luz la elevada cúpula del grandioso templo de Jerusalén. Allí está Jesús. Pero José siguió buscándolo sin entender el silencioso y significativo lenguaje del astro de la noche, y á los tres días de trabajos y de afanes, encontró á Jesús en el templo, siendo el pasmo de los doctores de la ley, que lo escuchaban poseídos de arrebato y de asombro.

¡Oh, y quién podrá explicar ahora el gozo que inundó el corazón de José al encontrar al Niño en el templo de Jerusalén! Abrazóle, llorando de alegría; besóle en la frente, llenándole con sus lágrimas el divino rostro; estrechóle contra su pecho, y entonces le pareció que lucía el sol y que pisaba la tierra con firmeza, que el aire no faltaba á su pecho y que los cielos y las criaturas no le miraban con ojos iracundos.

Creíalo muerto, y lo veía vivo; juzgábalo encontrar abatido y macilento, y lo miraba sentado entre los doctores de la ley, resplandeciente por su hermosura y sabiduría; barruntábalo perseguido por sus enemigos, muy lejos de la santa ciudad, y lo encontraba en el templo, revestido de autoridad y de poder sin miedo á sus perseguidores. Juzgaba su corazón, en fin, engañado por la

(1) Ps. XII, 1.

pena, hallarlo preso en una torre sombría, y lo encontraba vencedor y triunfante, cautivando y apresando con su palabra á sus enemigos venideros.

Jesús era Dios, y José también lo encontraba. La paz llenó su inteligencia y se aquietaron en su alma las ondas de la pena y el desierto solitario de su angustia poblóse de repente de seres y de arroyos, de flores y de árboles, porque se hizo día la noche de su corazón. Ya no esconde Emmanuel la faz divina, más hermosa que el lucero de la mañana, más apacible que la tarde en las viñas de Engaddí, más poderosa que las huestes de Josué. Pasó la tempestad del dolor con el encuentro feliz de Jesús, y ya José puede decir, con más razón que Jacob, después de aquella larga pelea con el ángel, que duró toda la noche: vi á Dios cara á cara y mi alma se serenó. *Vidi Deum facie ad faciem et salva facta est anima mea* (1).

El gozo inundó el corazón de José, indemnizándole de sus dolores y fatigas, y allí en el templo, donde encontró su bien, dió con María, su esposa, gracias al cielo por haber hallado á su hijo y Redentor.

Veamos ahora el estrago y ruina de la sociedad, que no sólo no cuida de buscarlo en el templo, sino que por todas partes va huyendo de Dios.

II

¿Quién es esa mujer que anda errante por los caminos del mundo, erguida la frente por la soberbia, desordenado el cabello, que flota á merced del viento por donde el viento lo lleva? ¿Quién es esa mujer con los ojos avaros de placeres y en cuyos labios vaga, unas veces la sonrisa sarcástica del impío y otras estalla la carcajada del demente? Multitud de pensamientos varios afluyen á su cerebro, á juzgar por la vaguedad de sus miradas. Esta

(1) Gen., XXXII, 30.

mujer no debe ser madre, y si lo es, ha debido olvidar á los hijos que nacieron de sus entrañas. ¿Quién es esta mujer, que si el placer la rodea, parece que el placer la quema y saca de aquellas horas que pudieran ser de felicidad, motivo de más tristezas y locuras? ¿Quién, que si la pena la aflige, llora, brillando en sus lágrimas relámpagos de ira? ¿Quién es, que si de noche vaga, busca los lugares llenos de sombras más densas, y si de día camina, va envuelta en nube de polvo y de humo, y avanza como tromba vertiginosa que despide de su seno relámpagos y rayos? ¡Ah!, ¿es que ha surgido otra vez del infierno Némesis, la diosa de la venganza, y va agitando con la una mano la tea de la discordia, mientras blande con la otra la fulmínea espada del exterminio? No, señores; es que va errante por el mundo con ensueños insensatos de gloria la *Sociedad sin Dios*.

Miradla cruzar con la cabeza altiva por delante de los templos de Cristo. Miradla cómo el paso acelera, como si de aquellas puertas que se abren para el bien, hubiera de salir el juez á echarle en rostro todos sus crímenes. Tren de guerra la circuye, y cuando, en el apogeo de su impía fama, la conciencia se le despierta alguna vez, acusándole é impeliéndole al templo para que se prosterne arrepentida delante de las aras, manda con voz de trueno asolar el templo á sus secuaces, como si una vez echada por tierra la casa de Dios, no le hubiera de morder más en las entrañas su conciencia, eterno torcedor del alma abandonada por los caminos del mal.

Es argüida de mala vida por los ministros del santuario, y unas veces recibe con sonrisa impía sus amonestaciones, y otras se rodea de sofistas habladores que tienen apariencias de sabios, para que, levantando del polvo del olvido los sistemas de Mahoma y de Epicuro, puedan, en cierto modo, defender sus malas costumbres y hasta ponerlas por reglas de moralidad. Como anda enredada en tantas intrigas de ambición, de avaricia y de lujuria, se